Y ya solo, en la calle de San Dominique extendió el brazo hacia la morada que acababa de abandonar y dijo:

—¡Juan de Villepreux, te juro ahora que llevaré la dicha á tu familia!

XIII.

EL PADRE Y EL HIJO.

Federico acababa de despertarse.

Apenas había dormido una hora, pues aún cuando sentía en todo su cuerpo ese cansancio que producen los bailes aun en los hombres más fuertes y los hace entregarse á un pesado sueño, nuestro jóven se habia despertado lleno de sobresaltos, debidos al estado febril y angustioso en que se hallaba y no pudiendo ya cerrar los ojos, se habia incorporado sobre las almohadas y se dió á reflexionar.

No conservaba sino un recuerdo confuso de

cuanto habia pasado desde el momento en que llevó á miss Edith al lado de su madre.

El fué quien tuvo que decirla:

—Volvamos al salon, porque temo os haga daño el relente de la noche.

Y la jóven se habia dejado conducir sin hablar una palabra.

—No me querrá Federico, pensaba ella, cuando no ha aprovechado la ocasion que le he ofrecido para declararse.

La turbacion de la jóven duró poco; y como todos la observaban, especialmente sus padres. Baradoux y el marqués, afectó un aire de triunfo y se puso á hablar muy amigablemente con Federico, quien á su vez se mostró con ella muy amable, comprendiendo cuánto debia sufrir la americana en su orgullo.

Baradoux se inclinó al oido del marqués.

—Creo que hemos ganado la partida, le dijo.

—Opino lo mismo, replicó Honorato.

Durante el resto de la noche Federico fué la constante pareja de Edith, pues ésta le habia reservado la mayor parte de los bailes. Cenó á su lado y dirigió con ella el cotillou; más tenia grandes deseos de que acabase aquella comedia, porque estaba avergonzado del ridículo papel que representaba y del no ménos desairado que obligaba á la jóven. Obraba como arrastrado por un torbellino y no nos

debe extrañar que se sintiese agradablemente impresionado cuando se halló en el coche sentado al lado de su padre.

—¿Nada tienes que contarme? preguntó el marqués con tono bromista.

—Mañana, padre mio, replicó Federico, mañana hablarémos de cosas sérias.

—¡Cáspita! querido, ¿necesitas todavía reflexionar?..... Permíteme te diga que eres muy difícil.....

—¡Os lo ruego, padre mio!

—¡Pues bien! sea mañana.

El dia siguiente llegó y Federico se estremecía pensando que se aproximaba el momento de explicarse con su padre.

—Desea vivamente ese casamiento, se decía, y yo no quiero..... no puedo dejar de amar á mi querida Luisilla..... No puedo dar mi vida y mi corazon á esa extranjera, no; no puedo..... y puesto que mi amada nunca será mia, prefiero marcharme.....

Se levantó y se puso á pasear por su habitacion, siempre embargado por la misma idea, hasta el momento en que Cuepin le avisó de que su padre le estaba esperando.

Federico se fué al despacho del marqués, bien decidido á oponerse al proyectado enlace con miss Edith.

El marqués tampoco habia dormido. Durante todo el tiempo que duró la fiesta de los

Dickson, habia confiado tanto en el éxito de sus maquinaciones que su hijo le habia trastornado pidiéndole aplazar su conversacion para el inmediato dia.

—¿Se atreverá á resistir despues de todo lo que he hecho por él?

El pensamiento de que Federico se negara á unirse con Edith le producia movimientos de ira.

—¡Pero es preciso, es preciso que se haga mi voluntad! exclamaba, ¡si no, soy hombre perdido!

Despues se tranquilizaba:

—No puede ser que mi combinacion salga mal, proseguia, nada tengo ya que temer de Luisilla; Federico está tan encolerizado como yo contra ese imbécil notario..... ¿Qué motivo, pues, podrá tener para rehusar la mano de una jóven hermosa rica y que le ama?

Sin embargo, cuando Federico entró en el despacho, Honorato lo recibió con un semblante dulce y afectuoso para seducir por última vez al jóven.

Federico estaba muy pálido y febril; pero era perfectamente dueño de sí mismo.

—¡Vaya! hijo mio, dijo el marqués haciéndole sentar enfrente de él.—¿Qué tienes que contarme?

Pronunció estas palabras con tono tan be-

névolo, que Federico se echaba ya en cara el no poder obedecer á su padre.

Este prosiguió:

—Aun cuando los hijos no tomen generalmente á sus padres por confidentes de sus amores, supongo que vas á contarme cuanto ha pasado anoche entre la señorita Dickson y tú.

—¿Lo qué ha pasado entre miss Edith y yo, padre mio?..... Pues, nada.

—¡Vamos, vamos! dijo sonriendo Honorato, ¿me habrán engañado mis ojos? No os he visto á ambos marcharos solos..... á la inglesa ó á lo americana, si así lo prefieres?..... Era, si no me equivoco, en el momento en que empezó el concierto y estuvisteis bastante tiempo en el jardin, más tiempo de lo que duró aquel interminable dúo de la Africana..... y supongo que la música os habrá inspirado.....

El marqués afectaba bromear, no hablando como padre, sino como amigo y compañero.

—La señorita Dickson tenia mucho calor, respondió Federico, y me rogó la acompañase al jardin para respirar á gusto, y cuando le molestó la frescura de la noche entramos de nuevo en el salon.

—¿Y..... es esto todo? preguntó Honorato pudiendo apenas ocultar su desencanto.

—Sí, padre mio.

—¡Demontre! ¡que sangre fria tienes, hijo mio!

Despues, suavizando otra vez el tono:

—Es preciso sepas que la familia Dickson y yo hemos concertado tu enlace con miss Edith; que sus padres esperan hoy les vaya á pedir oficialmente para tí la mano de la jóven, y que me pones en una triste situacion.....

Yo creia que te hubieses aprovechado de aquella salida al jardin para requerir de amores á tan hermosa niña. ¿No le has dicho ni una palabra siquiera en este sentido?

—No he sabido mentir, padre mio.

El desengaño del marqués creecia; pero no perdió la calma.

—¿No quieres, pues, á Edith?

—No, señor.

—Bien; pero no será la primera vez, repuso Honorato con frialdad, que un jóven se casa con una mujer á quien no ama; el cariño llega despues. Los casamientos que se verifican en estas condiciones, son los mejores.

—Admito, padre mio, que pueda uno casarse por conveniencia, pero es si el corazon se encuentra libre.

—¿Y el tuyo no lo está?

—¡Bien lo sabeis!

Hubo un momento de silencio; el marqués reflexionaba: "Su pasion por Luisilla está dan-

do sus últimos destellos, se decia, si no es más que esto, ya conseguiré lo que quiero."

—Creía, dijo con tono muy afectuoso, que no se hablaría más entre nosotros de la señorita Florimont. ¿Olvidas acaso, hijo mio, que tú mismo?.....

Federico le interrumpió con voz angustiada.

—Nada olvido, padre mio. Siento contra el señor Florimont una cólera y una indignacion terribles; si tuviera un hijo, le hubiera pedido razon de las injurias que os ha dirigido su padre..... pero no puedo provocar á un anciano..... He procurado arrancar de mi corazon el afecto tan antiguo que habia consagrado á Luisa; mas no puedo hacerlo..... la amo de veras.....

—¡Federico!

¡Oh! tranquilizaos, padre mio, ya no se volverá á tratar de ella entre vos y yo..... Llegaré, así lo espero, á olvidarla más tarde; pero en este momento no me hableis de entregar mi amor á otra..... Mi corazon rechaza ese acto, y os suplico deis distinto rumbo á vuestras relaciones con esa familia americana. Yo, por mi parte, desisto de su trato, pues me haceis representar allí un triste y ridículo papel, engañando á esa jóven..... Dejadme adelantar mi partida para incorporarme á mi regimiento. ¡Mas me hubiera valido no haberlo dejado!

Honorato se levantó y dió afectuosamente un golpecito en el hombro á su hijo, diciéndole:

—¡Niño!

Y despues volvió á sentarse, siempre sonriente, creyéndose en aquel momento dueño de la situacion.

—Querido hijo, repuso, soy feliz, muy feliz al ver los nobles sentimientos que te animan; estoy orgulloso de la sencillez de tu corazon y de la rectitud de tu conciencia; pero el momento ha llegado ya que el niño se haga hombre. Como todos los chicos por sus madres, has sido tu educado por las señoras de nuestra familia; te han comunicado su nobleza, su desinterés, sus ilusiones y tambien su... sensibilidad. Conserva todas esas cualidades, hijo mio; pero permíteme te comunique á mi vez algo de mi experiencia. Ignoras lo que es la vida y mi obligacion es darte á conocer los deberes que te incumben.

El marqués se calló durante algunos instantes. Federico no sabia qué contestar, se sentia muy pequeño delante de aquel padre que parecia tan bueno y tan grave.

—Confiesas tú, prosiguió Honorato, confiesas que todo proyecto de union con tu amiga de la niñez se ha hecho imposible, y sacas, en consecuencia, que debes partir, incorporarte á tu regimiento, como un héroe de novela.....

BIBLIOTECA PUBLICA DE NU

Raciocinemos con cordura. Sabes, en verdad, que estamos arruinados..... y no temo añadir que he contribuido algo á ello.....

—¡Oh! padre mio, ¿habeis podido creer que os haya culpado yo?

—No, no; sé que eres incapaz de semejante cosa, y si te he hablado del asunto, es para llegar á la conclusion de que ambos somos solidarios, y que, por consiguiente, las desgracias que he ocasionado, debes tú repararlas, si puedes hacerlo.

—¡Ah! exclamó Federico, ¡si hubiera comprendido ántes cuál era nuestra posicion, no hubiera abrazado la carrera de las armas, que no puede conducirme más que á la miseria! Podría ser comerciante, industrial.....

—¿Y hubieras reconstituido nuestra fortuna? preguntó riendo Honorato.

—¡Ya lo creo, padre mio!

—¿Y ganado tambien un dote para Enriqueta?

—Sin duda.

—¡Bah, bah, bah! Lo que estás diciendo no son más que niñerías. Para ser comerciante ó industrial se necesitan disposiciones especiales que no posées tú y además capitales. Has escogido la única carrera que conviene á tu nombre, porque los que pertenecen á nuestra clase no pueden ni deben abrazar otra. Te has batido valerosa y noblemente y has adquirido alguna gloria..... Tu deber hoy es el de devolver á tu casa su antiguo esplendor.....

Las facciones de Federico se contraían, pues habia sentido siempre cierta repulsion á los individuos de la nobleza que no se casan más que para dar nuevo brillo á su blason con el dinero de la mujer.

El marqués continuó:

—Fíjate bien, que en esto no se trata solamente de tí, sino tambien de nuestra familia, de tu hermana, de tu madre, de tu abuela..... El porvenir de todos los tuyos depende de tu casamiento..... Tu deber es, pues, el de casarte con una mujer rica..... Así es que te confieso con toda franqueza haberme alegrado de las inconveniencias cometidas por el señor Florimont, pues se ha adelantado á mis deseos.....

Federico se estremeció y el marqués prosiguió con frialdad:

—Es preciso que te acostumbres á mirar las cosas tal cual son y no al través del velo de falsas preocupaciones. Si continuaras tontamente tu profesion de soldado, y por añadidura, te casaras cualquier dia, sobre llevar tú siempre una vida de fatigas y de sinsabores, condenarías á tu hermana, á tu madre y á la mía á la existencia precaria que llevan ya desde muchos años.....

Este argumento daba en el blanco, pues se

le habia ocurrido á Federico el mismo pensamiento.

—Miéntras que si te casas con la señorita Dickson, podrás con tu fortuna personal, porque Edith recibirá un millon de francos como dote, transformar completamente la existencia de los séres que te son tan queridos. En cambio de ese millon aportarás tú nuestro antiguo palacio, que vale otro tanto ó más, y que mi madre, estoy cierto de ello, te cedería con mucho gusto. Además, nada variaría aquí respecto al modo de ser de la familia, excepcion hecha de que se viviría con más brillo, los salones se abrirían de nuevo, amueblándolos de una manera digna de ellos, y las damas de Villepreux tendrian una hija más á quien amar... Edith es encantadora y.....

—Padre mio, nunca he pensado sino muy bien de esa jóven.

—Sin embargo, insisto en que no la conoces tanto como yo: tiene un gran corazon, respetaría á tu madre y á tu abuela, queriéndolas como las quieres tú. Luego puedo decirte en secreto que el señor Dickson, que oculta bajo su aparente sequedad una exquisita delicadeza, está en trato con los actuales propietarios de la quinta de Angoville, antigua cuna de nuestra familia, para dárosla como regalo el dia en que nazca vuestro primer hijo.

—En fin, padre mio, lo que quieren es comprar nuestro nombre, dijo con tristeza Federico.

—¡Me parece, en efecto, que algo vale! exclamó Honorato con altivez.

Pero suavizando en seguida el tono, repuso:

—¿Por qué piensas tan mal hijo mio? ¿Es acaso una mala accion casarse con una hermosa niña que te ama?..... ¡Déjate querer aun cuando no sea más que por adhesion á tu hermana!..... Tu mujer misma dotará á su cuñada, y esto nos permitirá casar bien á Enriqueta.....

Honorato habia reservado esta frase para el último golpe. Vió á Federico temblando, indeciso, considerando su enlace con la americana como un acto de abnegacion, un sacrificio en provecho de su familia..... y añadió con mucho cariño:

Vamos, hijo mio, espero que consentirás....

—Si acepto yo, padre mio, ¿permitiréis vos casar á mi hermana con Juan Renaud? preguntó de repente Federico.

Esto produjo en Honorato el efecto de un rayo. Se creía desembarazado de una vez de María Renaud y de su hijo, imaginándose como Cuepin, que en cuanto la madre de Juan estuviera restablecida, abandonarían á Paris, sin qne nunca más se oyera hablar de ellos.

Y su hijo ponia por condicion de su casa-

miento con Edith, el de su hermana con Renaud.

Comprar á tal precio el consentimiento de su hijo, era caer en un peligro más inminente todavía.

¡Volver á ver á María Renaud!

Encontrarse otra vez frente á frente con aquella mujer á quien tan vilmente habia engañado, y que con seguridad le conocería.....

Entonces ella seria la que rehusara casar á su hijo con la hija de un malvado, y la asistiria el derecho de llamarle delante de todos: ¡cobarde, traidor, hipócrita! No siendo en lo sucesivo, sino un objeto de horror para sus hijos, para su mujer..... para su madre..... Y en esta situacion colocado, Federico seria el primero en negarse, diciendo: "¡No quiero celebrar una union preparada por tal padre!"

Todos estos pensamientos se presentaban confusamente á su espíritu, y experimentaba sobre todo un espanto indecible ante la idea de hallarse nuevamente en presencia de María Renaud.

Y dijo con voz terrible:

—¡No, jamás!

—¿Por qué, padre mio?

—Porque no concederé nunca la mano de mi hija á un plebeyo. ¡Una Villepreux no desciende hasta ese punto, hijo mio!

—¡Y me obligais á hacerlo yo con una extranjera!.....

—En primer lugar, los Dickson fueron nobles antes de separarse de los Estados Unidos de Inglaterra, replicó con audacia el marqués; luego ennobleces á tu mujer, con solo hecho de casarte con ella..... Pero una Villepreux no puede, sin merma, dejar su ilustre apellido para llamarse señora Renaud..... Tu amigo ha comprendido esto tan bien, que ni siquiera ha contestado á mi carta..... Es preciso que suceda lo mismo con él que con Luisilla, que no se hable más de ellos entre nosotros. Bastantes imprudencias se han cometido ya.....

Federico habia inclinado la cabeza al ver tan indignado á su padre, y cuando éste se calló, dijo:

—Pues bien, padre, dejadme reflexionar en todo lo que me habeis dicho..... y dentro de algunos dias.....

—¡Dentro de algunos dias! repitió Honorato estremeciéndose.

Federico le pedia un plazo, siendo así que necesitaba él una solucion inmediata, pues sus acreedores estaban apremiándole, la bancarrota y la deshonra le amenazaban, y le urgía por consiguiente, obtener cuanto antes de su hijo el "sí" salvador.

Necesitaba á toda costa recabar el consentimiento, y para conseguirlo, apuró sus recur-

sos de farsante. Se acercó á Federico, le estrechó entre sus brazos, y representando la última escena de su bien preparada comedia, dijo con balbuciente voz, y teniendo los ojos humedecidos por las lágrimas:

—¡Hijo querido, es preciso que consientas hoy..... en este mismo instante, en el proyectado enlace con Edith Dickson!

—¡Calmaos, padre, os lo ruego!

—¡Es que si rehusas me pierdes!.....

—¿Perderos, cómo?.....

—Escúchame y no me juzgues mal..... ¡Soy tan desgraciado!..... He querido recuperar algo de nuestra perdida fortuna, he trabajado con afan, he pasado noches enteras haciendo números..... y en el momento en que creia alcanzado mi objeto, unos miserables han abusado de mi confianza, me han engañado y han cometido actos vituperables, cuya responsabilidad pesa sobre mí.....

—¡Padre mio, me asustais!

—No me quedaba mas medio de salvar mi honra que matarme, si ese americano, á cuya hija desdeñas, no se hubiera hallado en mi camino..... Ha comprendido que soy un hombre digno, víctima de algunos malvados..... y ha tenido confianza en el resultado de mis negocios. Ese hombre me salva, consintiendo en ser mi socio; pero sin embargo, estaba algo indeciso.....

Honorato decia todas estas mentiras sin titubear, y fingiendo el más vivo dolor. Viendo que su hijo nada respondia, prosiguió:

—Mas su hija te vió y te ama..... Las últimas indecisiones que todo hombre experimenta antes de comprometerse en una nueva empresa, se han desvanecido como por encanto..... ¿Federico, me rehusarás todavía tu consentimiento?..... Has obligado á tu padre á hacerte su confesion, y á humillarse delante de tí.....

Mucho le habia costado, en efecto, á aquel hombre orgulloso y malvado, hacerse humilde é implorar á su hijo; pero no le quedaba otro medio de salvacion.

Y respiró al fin, cuando el jóven le dijo:

—¡Basta, padre, basta! No me pertenece juzgaros..... Si no he comprendido mal, se trata de un compromiso de honra que no podeis salvar.....

—¡Eso es, querido hijo!

—En ese caso, teníais razon diciendo que somos solidarios el uno del otro..... Tratándose de honra, no necesito saber más: mi vida es vuestra, disponed de ella á vuestro antojo.